

Amos Oz

Contra el fanatismo
y otros textos

Traducción del inglés de
Daniel Sarasola

 Siruela

Biblioteca Amos Oz

Índice

Nota del editor	9
Entre derecho y derecho	11
Cómo curar a un fanático	39
<i>Post scriptum</i> a los Acuerdos de Ginebra	69
Entrevista con el autor	73
Conferencia del autor en los Países Bajos	87

Nota del editor

Estos ensayos se difundieron originalmente en forma de conferencia en Alemania en el año 2002. Se editan aquí traducidos al castellano. Van seguidos de un *post scriptum* a la publicación de los Acuerdos de Ginebra, escrita en 2003, que formaba parte de un artículo, aparecido por primera vez en una versión ligeramente diferente en el periódico *The Guardian* el 17 de octubre de 2003. Además se incluye en esta nueva edición una entrevista con el autor realizada en 2012 con motivo del décimo aniversario de la conferencia alemana y una conferencia que Amos Oz ofreció en los Países Bajos en agosto de 2015.

Entre derecho y derecho

¿Quiénes son los buenos? Es lo que todo europeo bienintencionado, todo europeo de izquierdas, todo intelectual europeo o todo liberal europeo siempre quiere saber antes que nada. Quiénes son los buenos y quiénes los malos de la película. Vietnam era fácil en este sentido: el pueblo vietnamita era la víctima, y los americanos, los malos. Lo mismo con el *apartheid*: uno puede entender con facilidad que el *apartheid* era un crimen y que la lucha por unos derechos civiles igualitarios, por la liberación, por la igualdad y por la dignidad humana era justa. La lucha entre colonialismo e imperialismo, por un lado y, entre las víctimas del colonialismo y el imperialismo, por otro, parece relativamente sencilla: se puede distinguir a los buenos de los malos. En cuanto nos metemos en los cimientos del conflicto árabe-israelí, en concreto, en los conflictos palestino-israelíes, las cosas no están

tan claras. Y me temo que no voy a hacérselas a ustedes más fáciles diciendo simplemente: estos son los ángeles y estos los demonios, solo tienen ustedes que apoyar a los ángeles para que el bien prevalezca sobre el mal. El conflicto palestino-israelí no es una película del salvaje Oeste, no es una lucha entre el bien y el mal; más bien es una tragedia en el sentido más antiguo y estricto del término: un choque de derechos, un choque entre una reivindicación poderosa, profunda y convincente y otra reivindicación muy diferente pero no menos convincente, no por ello menos poderosa y no menos humana.

Los palestinos están en Palestina porque es la patria, la única patria, del pueblo palestino; de la misma forma que Holanda es la patria de los holandeses o Suecia la de los suecos. Los judíos israelíes están en Israel porque no hay otro país en el mundo al que los judíos, como pueblo, como nación, puedan llamar en ningún caso hogar. Sí como individuos, pero no como pueblo ni como nación. Los palestinos han intentado a regañadientes vivir en otros países árabes. Fueron rechazados, a veces humillados y perseguidos incluso por la supuesta «familia árabe». Se les hizo tomar conciencia

de su «palestinidad» de la forma más dolorosa; no les querían en el Líbano ni en Siria ni en Egipto ni en Irak. Tuvieron que aprender de manera aciaga que son palestinos y que Palestina es el único país al que pueden aferrarse. Curiosamente, el pueblo judío ha tenido una experiencia histórica paralela a la del pueblo palestino, en cierto modo. Los judíos fueron expulsados de Europa a patadas; mis padres fueron expulsados prácticamente a patadas de Europa hace unos setenta años. Igual que se expulsó a patadas a los palestinos primero de Palestina y luego de los países árabes, o casi. Cuando mi padre era un niño en Polonia, las calles de Europa estaban cubiertas con grafitis como «Judíos, volved a Palestina», o a veces peor: «¡Sucios judíos, largaos a Palestina!». Cuando mi padre volvió a Europa cincuenta años después, los muros estaban cubiertos de nuevos grafitis que decían «Judíos, fuera de Palestina».

La gente en Europa sigue enviándome maravillosas invitaciones para pasar un fin de semana de ensueño en un delicioso centro vacacional con compañeros palestinos, con colegas palestinos, con homólogos palestinos, para

que podamos aprender a conocernos, a gustarnos, a tomar un café juntos, para que nos percatemos de que ninguno de nosotros tiene cuernos ni rabo... y así el problema se disipará. Dicha actitud se basa en una idea sensiblera muy extendida en Europa de que todo conflicto solo es en esencia un malentendido. Un poco de terapia de grupo, una pizca de orientación familiar, y todo el mundo a vivir feliz. Pues bien, traigo malas noticias: algunos conflictos son muy reales, son mucho peores que un mero malentendido. Y también traigo una noticia sensacional: no hay ningún malentendido esencial entre los árabes palestinos y los judíos israelíes. Los palestinos quieren la tierra que ellos llaman Palestina. Tienen razones muy poderosas para quererla. Los judíos israelíes quieren exactamente la misma tierra por las mismas razones exactas, cosa que entraña al tiempo un perfecto entendimiento entre las partes y una tragedia terrible. Por muchas riadas de café que bebamos juntos no se extinguirá la tragedia de dos pueblos que reivindican —creo que con razón— el mismo pequeño país como su única patria nacional en el mundo entero. Tomar café juntos es maravilloso y

yo estoy muy por la labor, especialmente si se trata de café árabe, que es infinitamente mejor que el israelí. Pero el problema no va a solucionarse tomando café. Necesitamos algo más que café y entendernos mejor. Necesitamos llegar a un acuerdo doloroso. La palabra acuerdo tiene una reputación terrible en Europa. Especialmente entre los jóvenes idealistas, que siempre identifican acuerdo con oportunismo, con algo deshonesto, con algo artero y turbio, con impronta de falta de integridad. No en mi vocabulario. Para mí la palabra acuerdo significa vida. Y lo contrario de acuerdo no es idealismo ni devoción; lo contrario de acuerdo es fanatismo y muerte. Necesitamos un acuerdo. Acuerdo, no capitulación. Un acuerdo significa que el pueblo palestino no debería arrodillarse jamás. Ni tampoco el pueblo judío israelí.

Voy a hablar de la naturaleza de semejante acuerdo pero, ya desde el principio, debería decirles que va a resultar muy doloroso. Porque ambos pueblos aman el país. Ambos pueblos, el judío israelí y el árabe palestino, tienen diferentes raíces, igualmente profundas, históricas y emocionales en el país. Uno de los componentes de esta tragedia, uno de los as-

pectos que la tiñen de cierta ironía, es que muchos judíos israelíes no reconocen lo profunda que es la conexión emocional de los palestinos con la tierra. Y muchos palestinos no logran reconocer lo profunda que es la conexión de los judíos con esa misma tierra. Aun así, dicho reconocimiento sobreviene de forma dolorosa y como un proceso doloroso para ambas naciones. Es un camino pavimentado de sueños hechos añicos, ilusiones rotas, esperanzas heridas y eslóganes del pasado que han saltado por los aires para ambas partes.

He trabajado durante muchos años para el movimiento israelí Paz Ahora. De hecho, trabajaba a favor de la paz palestino-israelí mucho antes de que se creara Paz Ahora en 1978. Remontándonos a 1967, inmediatamente después de la Guerra de los Seis Días, me contaba entre los primeros y poquísimos judíos israelíes que abogaron por negociar el futuro de la Franja de Gaza y Cisjordania, no con Jordania o Egipto, sino con la población y la Autoridad Palestinas. Y, sí, con la OLP, que por entonces se negaba a pronunciar siquiera la palabra Israel. Fue una experiencia curiosa la de aquellos días.

En este momento, el movimiento pacifista

israelí está herido. Pero dejemos muy claro que el movimiento pacifista israelí no es hermano gemelo de los movimientos pacifistas de Europa ni de los de América durante la guerra de Vietnam o más recientemente. No defendemos la idea de que si Israel se retira de los territorios ocupados todo se resolverá de la noche a la mañana. Tampoco defendemos la idea simplista de que Israel es el malo; por supuesto que no es el único malo de esta historia. Estamos por la paz pero no necesariamente a favor de la causa palestina. Somos muy críticos con la Autoridad Palestina. Personalmente soy tan crítico con la Autoridad Palestina como lo soy con la autoridad israelí. Volveré sobre ello más tarde. Pero nuestra discrepancia con algunos movimientos pacifistas europeos va todavía más lejos. He estado dos veces en mi vida en el campo de batalla. La primera como soldado reservista en una división acorazada en el frente egipcio del Sinaí en 1967; la segunda, en el frente sirio, en la guerra de 1973. Fue la experiencia más horrible de mi vida aunque no me avergüenzo de haber luchado en ambas guerras. No soy pacifista en el sentido sensiblero de la palabra. Si volviese a sentir que existe pe-

ligro real de que mi país sea borrado por completo del mapa y mi gente masacrada, volvería a luchar aunque ya soy viejo. Pero solo lo haría si pensara que es a vida o muerte o que alguien intenta esclavizarme, a mí o al de al lado. Nunca lucharía —preferiría ir a prisión— por más territorios. Nunca lucharía por una habitación más para la nación. Nunca lucharía por los santos lugares ni por vistas a los santos lugares. Nunca lucharía por supuestos intereses nacionales. Pero lucharía, y como un demonio, por la vida y la libertad. Por nada más.

Esto puede diferenciarme del pacifista europeo al uso, que sostiene que el mal supremo del mundo es la guerra. En mi vocabulario, la guerra es terrible pero el mal supremo no es la guerra sino la agresividad. Si en 1939 el mundo entero excepto Alemania hubiera mantenido que la guerra era el peor de todos los males del mundo, entonces Hitler habría sido el señor del universo hasta este momento. Así que, cuando uno reconoce la agresividad debe luchar contra ella, venga de donde venga. Pero solo por la vida y la libertad, no por más territorios ni por más recursos.